

El ciclo histórico de las migraciones en el municipio de Pahuatlán, Puebla

Ma. Eugenia D'Aubeterre Buznego y Ma. Leticia Rivermar Pérez.*

RESUMEN

El propósito del presente trabajo es analizar el ciclo histórico de las migraciones en el municipio de Pahuatlán, ubicado en la sierra noroccidente del estado de Puebla, colindando con el estado de Hidalgo. Consideramos el entrecruzamiento de flujos internos e internacionales y los factores que propiciaron esta dinámica. En los años ochenta emergió un flujo migratorio hacia Estados Unidos que involucra, con distinta intensidad, a poblaciones indias y mestizas. Una serie de prácticas económicas, culturales y sociales permiten advertir la existencia de un circuito migratorio transnacional gestado durante estas dos décadas por los pobladores de esta región en su incesante ir y venir entre Carolina del Norte y otros estados de la unión americana y sus localidades de origen. Consideramos que este ciclo constituye la expresión de la transición habida en las últimas cuatro décadas de un modo de vida organizado por la producción de bienes orientados a satisfacer la demanda regional y nacional, hacia otro gestado en el crisol de un proceso de internacionalización de la producción y de la consolidación de un mercado laboral transnacionalizado.

Palabras clave: Migración interna e internacional, Huasteca poblana, Carolina del Norte, Circuito transnacional, mestizos, nahuas y otomíes.

* Antropólogas, profesoras investigadoras en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” y en la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla respectivamente. Artículo propuesto el 2/05/08, versión final recibida el 5/07/08.

ABSTRACT

This article analyzes the history of transnational migration between the sending municipality of Pahuatlan, located on the border between the Mexican states of Puebla and Hidalgo, and the receiving communities in the state of North Carolina. We locate the origins of this strong and steady transnational flow in a complex of factors, both internal and external to the particular dynamics of the sending region. We then discuss the incorporation of both mestizo and indigenous peoples, each in varying degrees of intensity, into the regular patterns of movement.

Keywords: internal and internacional migration, Pueblan Huastec, North Carolina, transnational circuit, *Mestizos*, Nahuas and Otomies.

INTRODUCCIÓN

Durante la década de los ochenta se modificó el perfil sociodemográfico de los migrantes mexicanos a Estados Unidos; se observaron, asimismo, cambios en los patrones migratorios y una creciente diversificación de lugares de origen y destino (Durand y Massey 2004). Al concluir el siglo XX, mientras que los estados del occidente de México y los de la franja fronteriza perdieron importancia relativa como contribuyentes a estos flujos, las entidades del centro del país emergieron destacadamente como expulsoras de migrantes internacionales; al mismo tiempo, se registró la presencia de inmigrantes mexicanos virtualmente en todo el territorio estadounidense. También en esos años, aumentó el flujo de personas que cruzaban la frontera norte sin documentación migratoria, de mujeres y niños. En esa década se observan transformaciones fundamentales tanto en la dinámica de estos movimientos, como en las pautas de inserción laboral de la población migrante (Canales 2001).

Para cientos de miles de habitantes de las regiones centro y sur del país, densamente pobladas y con un fuerte componente indígena, las alternativas laborales se estrechan en la medida en que el empleo informal no puede subsanar la mermada capacidad de los mercados de trabajo urbanos, ni absorber el excedente de mano de obra procedente de estas zonas del México rural (Roberts y Hamilton 2005). En suma, actualmente la migración mexicana al norte se distingue por una mayor heterogeneidad sociodemográfica (Durand 2007; Roberts y Hamilton

2005), su carácter multiétnico (Stephen 2002; Fox y Rivera-Salgado 2004) y por sus específicas resonancias para hombres y mujeres (D'Aubeterre *et al.* 2003).

En este panorama de cambios destaca la migración de poblados hacia Estados Unidos. El estado de Puebla ocupó en el año 2000 el lugar diecisiete a nivel nacional, con un 8.6% de su población involucrada en este flujo migratorio (INEGI 1996; 2001; 2005). Entre 1995 y 2000 alrededor de tres cuartas partes de estos migrantes fueron varones; ocho de cada diez tenían entre quince y 34 años (INEGI 2005) y su nivel educativo era, en promedio, de 8.5 años (Cortés 2004). Los flujos migratorios al norte originados en el estado de Puebla se nutren fundamentalmente de personas procedentes de localidades rurales (Cortés 2004): en el quinquenio 1995-2000 el 70.8% de los migrantes hacia Estados Unidos salieron de asentamientos menores de quince mil habitantes.

Dada la antigüedad y las proporciones de las corrientes originadas en el sur y el centro del estado de Puebla hacia la unión americana, no sorprende que la presencia de mixtecos, fundamentalmente en la región tri-estatal de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, haya acaparado la atención de los estudiosos del tema. Poco se sabe, en cambio, sobre la dinámica migratoria en otras regiones poblana, tales como la Sierra Norte y la Huasteca¹, la que, se ha dicho (Cortés 2004), se distingue por su incorporación tardía a estas corrientes de población. En este trabajo documentaremos el caso del municipio de Pahuatlán, ubicado en la sierra noroccidental del estado de Puebla, en las colindancias del estado de Hidalgo. La periodización de la migración aquí presentada parte del análisis histórico-estructural de la articulación de los procesos productivos locales y las transformaciones habidas en los patrones de acumulación de capital a nivel mundial.

Pahuatlán cuenta con una larga tradición migratoria a las tierras bajas de la Sierra, al Distrito Federal y a los estados de Veracruz e Hidalgo. En los años ochenta se reactiva un flujo migratorio hacia Estados Unidos originado en los años cuarenta en el contexto del Programa Bracero. Desde entonces, los habitantes del

¹ La región Huasteca es una rica porción del territorio nacional, de aproximadamente 27,000 Km. cuadrados, enclavada entre los Estados de Veracruz, Tamaulipas, San Luis Potosí, Hidalgo y Puebla. Su localización geográfica está considerada de poniente a oriente, desde las estribaciones de la Sierra Madre Oriental de los Estados de Hidalgo y San Luis Potosí, hasta la Costa del Golfo de México; desde el Río Pánuco por el norte, hasta el Río Cazonas por el sur. Por la escasa superficie que comprende en el Estado de Puebla, es poco mencionada la Huasteca Poblana (Ruvalcaba 1996).

municipio se han sumado a las corrientes migratorias originadas en la entidad en distintos momentos e intensidades. Una serie de prácticas económicas, culturales y sociales permiten advertir la existencia de un circuito migratorio transnacional (Goldring 1992; Rouse 1991; París 2007), gestado durante las últimas dos décadas por los pobladores de esta región en su incesante ir y venir entre Carolina del Norte y otros estados de la unión americana y sus localidades de origen.

En los siguientes apartados presentamos avances de la investigación en curso titulada “Circuito migratorio Pahuatlán, Puebla-Durham, Carolina del Norte: educación y diferenciación social.”² El propósito del presente trabajo es analizar el ciclo histórico de la migración en el municipio de Pahuatlán, considerando el entrecruzamiento de flujos internos e internacionales y los factores que propiciaron esta dinámica. Consideramos que este ciclo constituye, en realidad, la expresión de la transición habida en las últimas cuatro décadas de un modo de vida organizado por la producción de bienes orientados a satisfacer la demanda regional y nacional, hacia un modo de vida gestado en el crisol de un proceso de internacionalización de la producción y de la consolidación de un mercado laboral transnacionalizado.³ En palabras de París (2007) podemos decir que “no son propiamente las enormes desigualdades socioeconómicas las que provocan la migración de los países periféricos a los centrales, sino la interdependencia entre las regiones expulsoras y receptoras en una economía política cada vez más mundializada.” (París 2007).

² Este proyecto se realiza con fondos proporcionados por la Vicerrectoría de Investigación y Estudios de Posgrado de la BUAP y del Departamento de Sociología de la Universidad de Duke, Carolina del Norte. Agradecemos a los dictaminadores anónimos sus atinados comentarios al presente trabajo.

³ En el presente artículo presentamos resultados preliminares de una primera fase de este estudio llevada a cabo entre 2007 y 2008, en la que fueron entrevistadas treinta personas de dos cohortes generacionales residentes en el municipio de Pahuatlán. La primera conformada básicamente por varones de 70 a 82 años de edad, migrantes a Estados Unidos entre 1948 y fines de la década de los 50. La segunda cohorte la integran hombres y mujeres de 20 a 50 años, la mayoría de ellos migrantes activos, participantes en el circuito migratorio entre Pahuatlán y la ciudad de Durham en Carolina del Norte. Los testimonios con seudónimos presentados a lo largo del texto sintetizan prácticas, eventos y percepciones, reiteradamente referidos por los entrevistados, de los procesos aquí descritos. Hemos seleccionado, quizá, los más emblemáticos. El artículo se nutre también del análisis de documentación fotográfica, testimonial, bibliográfica, hemerográfica y datos estadísticos generados por AMUCCS, Organización No Gubernamental orientada a la promoción de proyectos productivos a través de micro-créditos y del ahorro popular.

LOCALIZACIÓN Y FASES DEL CICLO HISTÓRICO DE LA MIGRACIÓN EN EL MUNICIPIO

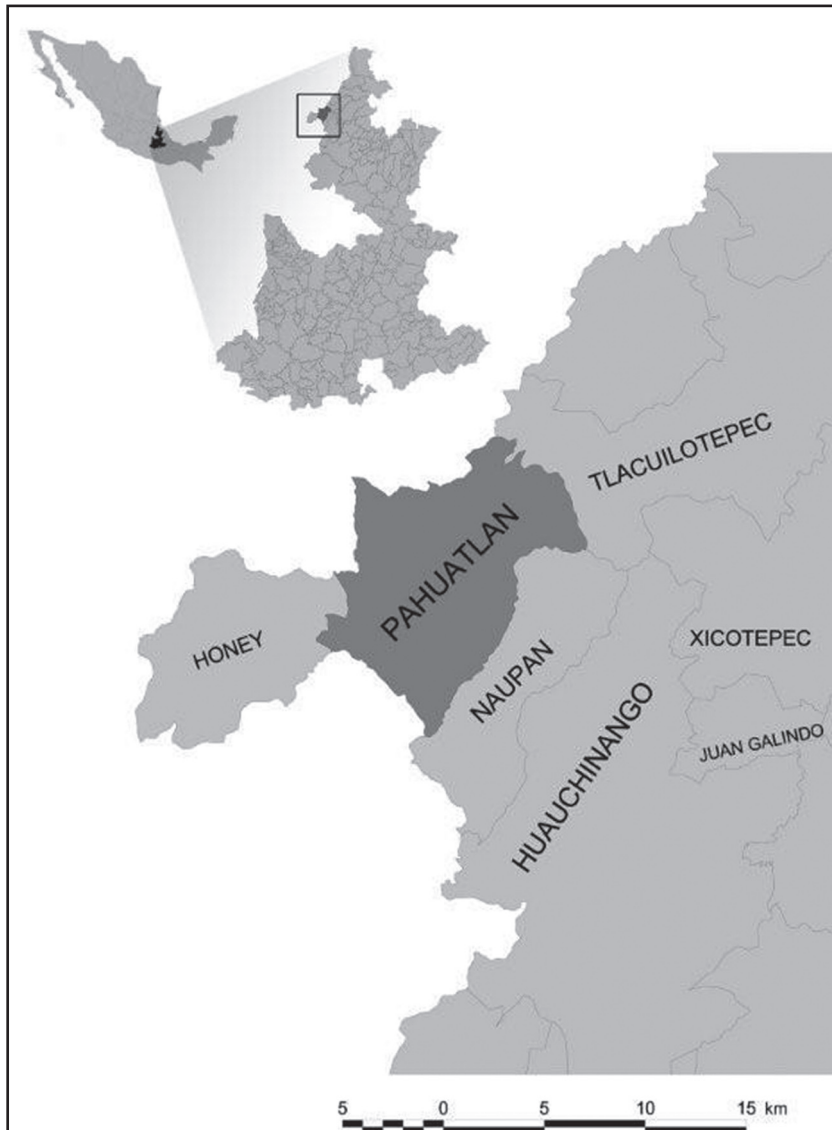
Pahuatlán se localiza en la porción noroeste del estado de Puebla, a 215.7 km de la ciudad capital. Se asienta en una pequeña planicie de las laderas del cerro Ahila. Colinda al norte con el municipio de Tlacuilopec y el estado de Hidalgo, al sur con los municipios de Naupan y Tlacuilopec y al poniente con el municipio de Honey y el estado de Hidalgo (COESPO 2004). (Véase mapa 1). Contaba en 1990 con 16,356 habitantes (INEGI 1992); en 1995 con 17,783; en 2000 con 18,326 (Sistema Nacional de Información Municipal 2002); en 2005 esta cifra disminuye a 18,209 habitantes (INEGI 2006). Cabe notar que esta última supera sólo en 7 mil habitantes a los reportados en el VIII censo de 1970 (*Dinámica Social. Monografía de Pahuatlán* c. 1981). De sus 32 localidades, sólo una tenía marginación media, en donde habitaba el 17.5% de la población; el resto presentó alta y muy alta marginación (COESPO 2004). De ellas, 22 cuentan con menos de 500 habitantes, lo que expresa el alto grado de dispersión de la población en el territorio (INAFED 2000).

Durante el virreinato, Pahuatlán⁴ estuvo sujeto al Juzgado Mayor radicado en Huauchinango, dependiente de la Intendencia de Puebla. En 1861, ya iniciado su lento proceso de poblamiento, por decreto gubernamental adquirió el título de Villa de Pahuatlán de Leandro Valle, en honor a la memoria del general de las fuerzas liberales. Ese mismo año fue elevado a la categoría de Distrito y, pasado casi medio siglo, en 1918, declarado Municipio Libre (*Dinámica Social. Monografía de Pahuatlán* c. 1981).

Por sus características ecológicas, culturales e históricas Pahuatlán y los municipios de Tlaxco y Tlacuilopec integran una micro-región en esta porción de la Huasteca. No obstante ser parte del Distrito Judicial de Huauchinango y del estado de Puebla, la dinámica económica, social y cultural de esta micro-región ha estado mayormente ligada a los estados de Hidalgo y Veracruz. Desde el siglo XIX Pahuatlán constituye una zona de confluencia interétnica, *indígenas* y *gente de razón*, *coyotl* (mestizos), *indios mexicatl* (o nahuas) y *ñahñus* (u otomíes), se distribuyen en nuestros días entre la cabecera municipal y 32 localidades (COESPO 2004).

⁴ Procede del náhuatl pahua, fruta, y de la disidencia tlan, que indica junto o entre: junto a la fruta o entre los frutales (*Temas Fundamentales de Puebla*, s/f. p.13).

Mapa 1. localización y colindancias del municipio de Pahuatlán



Fuente: Elaboración de Nereo Francisco Zamítiz Pineda, con cartografía de INEGI, 2000.

A principios de los años sesenta del pasado siglo, para llegar a la cabecera municipal de Pahuatlán, se tomaba la carretera asfaltada desde la población hidalguense de Tulancingo, que terminaba en el cercano poblado de Metepec. En adelante, ya adentrado en territorio poblano, un difícil camino de terracería llevaba al viajero hasta Chila Honey. Al llegar al paraje de La Cumbre, se descendía abruptamente por empinadas laderas hasta Pahuatlán de Valle, rodeado de la exuberante vegetación que distingue a esta porción de la Huasteca. Otra opción era abordar el ferrocarril que salía de la ciudad de México rumbo a Honey⁵ y, desde ahí, a lomo de bestia o a pie, recorrer unos diez kilómetros para llegar a la población. Los viajeros debían madrugar para recorrer por cuatro horas este accidentado trayecto y abordar el tren que salía a la una de la tarde. En 1949 un empresario del transporte, radicado en Tulancingo, introdujo la primera línea de autobuses que unía a las dos poblaciones en un recorrido de apenas tres horas.

Sin embargo, esta nueva vialidad no competía con el servicio que prestaba el ferrocarril. Años después, a principios de los noventa, desmantelada la empresa paraestatal de Ferrocarriles de México, el antiguo camino a Tulancingo —camino real abierto en 1934— sustituyó al ferrocarril no sólo como transporte de pasajeros, sino como el medio que había facilitado por decenas de años el intenso trasiego de mercancías y personas entre esta región, Tulancingo, Pachuca y la capital del país. En la actualidad, el municipio está conectado con las ciudades de Tulancingo, México y Puebla por una autopista de reciente apertura que conduce a la ciudad de Tuxpan, Veracruz. Estas vialidades han constituido históricamente los

⁵ Hacia 1881 fue construida la línea Ferrocarril Hidalgo y Noreste por el ingeniero Gabriel Mancera, con capital mexicano y subvención del Gobierno Federal. Fue un sistema de vía angosta, formado por la fusión de seis líneas cortas con una extensión de 232 kilómetros. Comunicaba la capital del país con Pachuca y Tulancingo, Pachuca con Puebla y Pachuca con Ometusco. La ley de 5 de junio de 1888 concedió al señor León Baldy la construcción de un ferrocarril entre Pachuca y Tampico, pasando por Real del Monte, Regla, Alcholoa, Apulco y Zacualtipán, con facultad de construir dos ramales para ligar Tulancingo y las Minas de carbón de piedra de Tehuiztla. Las obligaciones y derechos de esta ley fueron traspasados a favor del señor Ricardo Honey. Por decreto de 1 de diciembre de 1890 se modificó nuevamente la concesión, dejando en libertad a los concesionarios para construir los ramales necesarios. En 1905 pasó por compra a poder del Ferrocarril Central Mexicano. La construcción de la estación en ese lugar se inició en 1898 y fue inaugurada en 1908. (Frederick Thierry Palafox, <http://www.mexlist.com/estaciones/honey01.html>). Los entrevistados de mayor edad recuerdan que el señor Honey tuvo el proyecto de construir una vía corta a Tuxpan, que atravesaría esta región, pero el proyecto fracasó debido al estallido de la revolución de 1910, construyéndose sólo el tramo que unía a Tulancingo con el poblado de Chila, que desde entonces lleva el nombre de Honey.

soportes de la movilidad geográfica de la población en los sucesivos hitos de la dinámica migratoria en la región de estudio.

En las siguientes secciones distinguiremos tres momentos de la historia contemporánea del municipio, en los que los trastocamientos en la estructura económica y social van de la mano con desplazamientos de población, más o menos temporales, a regiones aledañas, a ciudades cercanas y a Estados Unidos. Tales cambios y movimientos han estado ligados a la dinámica del capital, nacional e internacional, que ha marcado, notablemente la vida de los pahuatecos. Es nuestro interés documentar la inserción de esta región en los procesos de acumulación de capital –primero bajo el modelo de sustitución de importaciones y, después, al cobijo del modelo neoliberal– a través de la circulación de mercancías, personas, información y objetos dotados de valor de cambio y simbólico.

SE VIVÍA POBREMENTE PERO EN ABUNDANCIA. VIVIR DEL PILONCILLO: 1900-1960

El escenario económico de Pahuatlán hasta los años setenta, reconstruido a través de la historia oral de los pobladores, se caracterizó, al igual que en otras regiones del país (*cfr.* Cook y Binford 1995), por la articulación de formas de producción capitalista a pequeña escala –basadas en el trabajo intensivo, en la manufactura y en talleres domiciliarios–, con el capitalismo nacional a través de un sinfín de sutiles mecanismos. Pequeñas y medianas empresas rurales se combinaban con la producción agrícola para el autoconsumo y para el mercado regional y nacional, con trabajo asalariado (dentro y fuera de la región) y con la prestación de servicios en pequeño que reportaban ingresos adicionales a nivel de subsistencia. Hasta los años setenta, la producción agrícola nacional apuntaló el proceso de industrialización del país por la vía de asegurar alimentos y materias primas a bajos costos, conteniendo con ello el alza de los salarios en las zonas urbanas.

Destacaba el cultivo intensivo de la caña en parcelas de propiedad privada y comunal, ligado a la producción con trapiches, de rudimentaria tecnología, del entonces apreciado dulce de panela o piloncillo, el azúcar de los pobres a decir de Sydney Mintz (1996). Ambos procesos se basaban en la explotación de una abundante y barata mano de obra indígena y mestiza. Paralelamente también se producía café, maíz, frijol, cacahuete, plátano, naranja, entre otros productos,

destinados al consumo doméstico y comercializados al menudeo en el tianguis dominical de la cabecera municipal o, al mayoreo, en la estación de ferrocarril de Honey, de donde eran llevados a los centros de abasto de la capital del país.

Los pahuatecos de añeja memoria, que hoy llevan a cuentas más de setenta años, refieren con nostalgia los tiempos esplendorosos de una pujante actividad comercial que distinguía a la cabecera municipal como centro de concentración y distribución de productos agrícolas y mercancías de variada índole. La producción agropecuaria, artesanal y manufacturera de la región permitía el sustento cotidiano y el amasamiento de medianas y grandes fortunas en manos de las elites locales: comerciantes, intermediarios, dueños de talleres y medianos propietarios. La actividad comercial fue, sin duda, la vía que permitió la acumulación de capital hasta los años sesenta del pasado siglo.

La producción y comercialización de piloncillo y de café constituyó hasta aquellos años el eje de la dinámica económica del municipio. Distintos segmentos de la población participaban en estas actividades: campesinos minifundistas; trabajadores y peones de la “pailada” que día y noche se afanaban en “los sitios y ranchos” cañeros cortando y majando la caña; uncían bueyes, vaciaban la miel, envolvían la panela; una legión de arrieros transportaba la producción; agiotistas; comerciantes y medianos y grandes propietarios –indígenas y mestizos– completaban esta cadena.

El setenta por ciento de los habitantes de aquí estaban viviendo directa o indirectamente del piloncillo, porque el que no tenía cañales trabajaba con el que tenía. [...] Aquí había agiotistas, cuando le apretaba el gasto al productor iba con el agiotista y allí caía en sus manos. Y era el diez o cinco por ciento del bagazo, hasta que ya venía la producción (Don Pedro Alcántara, 77 años, de oficio talabartero, bracero en los años 50, hoy cafecultor, enero de 2008).

La mayor parte de la producción se destinaba al mercado. Don Pedro Alcántara recuerda que:

Mucha gente que podía la guardaba, la que no, la vendía luego, conforme la cosechaba la vendía al comprador. Había cuatro compradores fuertes de aquí mismo. Eran los que la entregaban por cantidades desde antes a los compradores que venían a la región de Honey. (Don Pedro Alcántara, enero de 2008)

Don Carlos Castillo, hijo de comerciante de aperos para arrieros y bestias, recuerda que Regino Cruz y Julio Hernández, de los más destacados comerciantes de entonces,

[...] mandaban sus productos a Honey, café y piloncillo. Ahí tenían bodegas. Todo el producto lo llevaban a lomo de bestia. Ya cuando tenían veinte o treinta toneladas, entonces ya pedían un furgón del ferrocarril y ya lo llevaban para México. (Don Carlos Castillo, 81 años, bracero, chofer y transportista en los años cincuenta, junio de 2008),

Doña Ifigenia Sánchez, pahuateca de más de ochenta años, corrobora el dicho de don Carlos:

En mulas cargaban las cargas de piloncillo y se transportaba a Honey. Y en Honey llegaba el tren que venía de Buenavista, salía a las seis, llegaba a las doce y se iba a la una. En el mercado de dulces de La Merced, en la ciudad de México, se vendía mucho piloncillo de Pahuatlán. (Doña Ifigenia Sánchez, noviembre de 2007).

El producto era fundamentalmente valorado en la fabricación de aguardientes y refino de gran demanda, producidos en alambiques legales y otros que no lo eran tanto, mayoritariamente en manos de mestizos de la cabecera municipal y de Honey. Hacia los años cincuenta la panela pahuateca se convierte en un insumo fundamental para la fabricación de rones: la conocida empresa Ron Castillo, situada en el estado de México, sería hasta mediados de los años sesenta el principal comprador de la producción local de piloncillo. De la fama del producto habla el extendido comentario de que, por esos años, el piloncillo pahuateco “hasta llegó a cotizar en la bolsa mexicana de valores” (Don Ricardo Montero, 77 años, fotógrafo de profesión, junio de 2008).

Acorde con la dinámica documentada por Aguirre Beltrán (1973) en las llamadas “regiones de refugio”, eufemismo que alude a relaciones asimétricas y de dominación, los pueblos indígenas del municipio, satélites del centro político y económico, mantenían con respecto a la cabecera mestiza una completa dependencia. El monocultivo de la caña prevaleciente en esos poblados obligaba a sus habitantes a abastecerse de productos de consumo básico: maíz, frijol, ceras, telas, huaraches, refino, entre otros, eran adquiridos en los comercios y en la

plaza dominical de Pahuatlán (Montoya 1964). La fabricación de zapatos y de variados artículos de piel en un reconocido taller del poblado, llegó a emplear a más de medio centenar de trabajadores; la producción porcina, avícola y frutícola, contribuía a la autosuficiencia de bienes básicos en la región.

Se recuerda la existencia de variados oficios ya desaparecidos o en proceso de extinción, transmitidos de maestros a aprendices: talabartería, zapatería y huarachería. La panadería, cerería, la producción de tejas, ladrillo y adobe —empleados en la construcción de las solariegas casas, hoy ruinosas, del centro del poblado— y la fragua de herramientas para el trabajo agrícola e implementos para las bestias de carga fueron también oficios que apuntalaban la economía local. El largo testimonio de don Francisco Prado, de 76 años de edad, relojero, bracero y cafecultor, ilustra de manera detallada la importancia de Pahuatlán como centro de producción y distribución de esta región serrana en aquellos años:

Había muchas tiendas grandes aquí, en Pahuatlán, increíbles. Estaba la de don Julio Hernández que tenía aproximadamente veinte metros de largo, donde había compra venta de café, garbanzo, toda la producción que había aquí. Compraban y vendían al menudeo a las personas por cuarterones o por cuartillos. Había ropa de importación, había bastantes cosas que comprar. La gente de los pueblos venía con sus cargas de café, sus cargas de piloncillo, sus cargas de garbanzo, de frijol, las vendían e iban a comprar sus cosas. Se las llevaban en bestias mulares. Veía usted las calles llenas de bestias mulares, de todo lo que traían.

Estaba otra tienda que era de españoles, que se llama hoy “La campesina”. La llamaron La Campesina porque hicieron una sociedad cooperativa entre varios campesinos de aquí, y pusieron la tienda, encabezándola don Porfirio Hernández, hijo de este señor, de don Julio Hernández. Fue una sociedad, pusieron una tienda grande, y se beneficiaban con sus ganancias los campesinos y la gente se beneficiaba porque daban precios cómodos, más que las demás tiendas.

Estaba la de los arcos, era de don Felipe Santos. Otra tienda grande de un señor que se llamaba Leobardo Guzmán, en donde había compra venta de todos los productos que les acabo de mencionar y un beneficio de café; había todo lo que usted quisiera, hasta medicina había ahí. Su hijo tenía otra tienda. Otra era de un señor que se llamaba Bruno Barrera.

El pueblo gozaba de tener todas las comodidades. Toda la gente se dedicaba al cañal. Todos esos cerros tienen un espesor más o menos regular de tierra, ahí

se puede sembrar caña. Ahí siembran frijol, garbanzo, también frutales: naranjas, plátanos, limas, zapotes, mameyes, de todas las frutas, no incluyendo la sandía y el melón, porque son de otras regiones. Había una zapatería que era de don Lauro Aparicio, tenía 60 trabajadores, zapateros, talabarteros. Ahí curtían las pieles, hacían sillas de montar, cubiertas para los machetes, huaraches, zapatos, zapatillas, de todo.

Venía gente de Cuaxtla, Tlaxco, Acalman y hasta de La Ceiba. Por La Ceiba llegaban a Tlaxco, de Tlaxco se venía a Acalman, de Acalman a Cuaxtla, de Cuaxtla a Tlacuilotepec, que está aquí cerquita. Pero aquí era el centro de compra de toda esta región. Aquí se empacaban cajas grandes de zapatos, de muchas cosas que se vendían aquí y se las llevaban para la Sierra. (Don Francisco Prado, febrero de 2008).

La bonanza de la producción de piloncillo tuvo como correlato una acentuada diferenciación social, tanto entre los pobladores mestizos de la cabecera municipal como entre los indígenas, propietarios y campesinos desposeídos. Desde el arribo de población mestiza en el siglo XIX, lo económico, la etnicidad y el género son pilares de esta diferenciación hasta hoy prevaleciente. Los espacios lúdicos y la organización del ocio eran arenas en las que se expresaban estas desigualdades en los años 40 del pasado siglo:

Porque había la sociedad aquí y la gente más humilde, sencilla. Esas iban a los huapangos, se les hacía huapango en los portales, con buenos soneros huastecos, ahí se divertía la gente toda. La sociedad eran los señores de las tiendas, de la gente de aquí. Era diferente. Las muchachas, las señoras, en aquel entonces, formamos el Club Deportivo de Pahuatlán para sacar fondos para trabajar. Que venían las grandes orquestas, venían buenas orquestas a tocar a los bailes. Yo iba con trajes de noche, los trajes “estraples”, porque eran unos bailes hermosos. Distinguidos y todo. Los hombres de “esmokín.” (Ifigenia Sánchez, noviembre de 2007).

En la cabecera mestiza era común que niños y mujeres se emplearan como sirvientes y encargados de las tiendas, trabajo que reportaba ingresos adicionales o fundamentales para las familias de escasos recursos. En esos años, a diferencia de lo que hoy acontece, las mujeres indígenas tenían escasa movilidad hacia el centro regional. Los caminos precarios dificultaban su salida de las comunida-

des con fines laborales, la mayoría acudía los domingos al mercado regional en compañía de sus hombres.

Hacia mediados de los años sesenta, el esplendor de Pahuatlán como proveedor de piloncillo para la empresa Ron Castillo, llegó a su fin. Se recuerda con pesadumbre que las dolosas prácticas de un importante acaparador y proveedor provocaron el deterioro de la calidad del producto, ocasionando la pérdida de ese importante mercado. La afectación fue mayúscula para las familias campesinas ligadas a la producción cañera. Cañales y trapiches fueron abandonados, algunas parcelas devinieron en potreros. Hoy la producción de piloncillo y aguardiente es verdaderamente marginal.

LAS RESONANCIAS DEL PROGRAMA BRACERO EN LA REGIÓN

Yo fui por dos razones, una, por conocer por qué los gringos eran los amos del mundo, otra, porque tenía yo necesidad (Don Pedro Alcántara).

El Programa Bracero, puesto en marcha en 1942 por disposición del convenio firmado entre Estados Unidos y México, involucró exclusivamente a varones en edad productiva y con experiencia en el trabajo agrícola (Alarcón y Mines 2002). Esta migración, regulada por los gobiernos de ambos países para satisfacer la demanda del mercado laboral estadounidense, no sólo abrió los canales de movilidad de mexicanos hacia Estados Unidos, sino que abonó en el imaginario de la población, que ven en el norte una salida a situaciones críticas y la mejora de sus condiciones de vida.

El Programa sentó un precedente en términos de la selectividad de la migración por género que, no obstante el considerable aumento de la participación femenina en los años recientes (Arias 2000; Woo 2002), perdura hasta nuestros días (Durand y Massey 2003). Se trataba de trabajo intensivo regulado bajo los esquemas de contratos temporales. Esto imprimió a la migración mexicana al norte un patrón de circulación espacial distintivo de estos flujos hasta los años ochenta y, como veremos más adelante, hoy en vías de extinción.

La participación de poblanos en el Programa Bracero ha sido documentada fundamentalmente para el caso de la mixteca y de los valles centrales de Atlixco y Puebla (Macías y Herrera 1998; Smith 2003; D'Aubeterre 2007; Marroni 1994).

La resonancia de este Programa en esas regiones fue desigual: en algunos casos hay una solución de continuidad entre este Programa y la migración indocumentada una vez cancelado el convenio; en otros, hay una clara ruptura entre uno y otro momento (Binford 2003; D'Aubeterre y Rivermar 2007). Esto último es lo que parece haber acontecido en el municipio de Pahuatlán.

Migración interna e internacional se traslaparon en los años 50 y 60. En efecto, a la diversidad de actividades económicas que caracterizó al municipio a lo largo de la primera mitad del siglo XX, se añadían los desplazamientos temporales de indígenas y campesinos desposeídos de tierra a los campos cafetaleros y cañeros de las tierras bajas de la sierra durante los meses de agosto, septiembre y parte de octubre, tiempo muerto del ciclo de la caña. Montoya (1964) refiere casos aislados de “bracerismo”: un sospechoso uso del *okay*, entre varones con experiencia migratoria del poblado nahua de Atla, que le hace pensar en incursiones esporádicas a Estados Unidos con fines laborales de gente de la región.

Sin embargo, nuestras indagaciones dan cuenta sólo de la participación en el Programa Bracero de jóvenes mestizos, en su mayoría aún solteros, oriundos de la cabecera municipal, que contaban con instrucción primaria y, sobre todo, con algún oficio que les aseguraba una posición en la estructura ocupacional local, pero sin experiencia en las labores agrícolas. Seguramente estos jóvenes, a diferencia de los indígenas, tenían mayor acceso a redes y recursos para desplazarse a lugares distantes. A decir de los ex-braceros entrevistados, las comunidades indígenas aledañas eran demasiado “pobrecitas y cerradas”, lo que, a su juicio, dificultó su participación en estas contrataciones temporales. Pasadas dos décadas, el protagonismo de los mestizos en la migración al norte en esta región declina y, en cambio, otomíes y nahuas, ocupan un lugar destacado.

Sobrevivientes de aquellos años recuerdan su experiencia como jornaleros agrícolas en el vecino país. Menciona don Carlos Castillo que, a fines de la década de los cuarenta, grupos de hasta cien pahuatecos emprendieron juntos el camino a Monterrey con la ilusión de ser contratados. A decir de don Pedro Alcántara, *Pahuatlán se convertía en un pueblo fantasma, el ochenta por ciento de la gente de hombres se iba*. Él mismo hizo ocho incursiones al norte a lo largo de tres años, porque, a su decir, *quería conocer por qué los gringos eran los amos del mundo y [además] porque tenía necesidad*.

Ahí me encontraba yo con gente de todos los estados. Ahí en Monterrey era centro de contratación, había meses en los que se contrataban veinte mil diarios, en los años 55, 56 y 57. Había tres centros de contratación que eran Monterrey, Chihuahua y Empalme, Sonora. Los que se contrataban en Empalme, Sonora, iban para el estado de California, que es uno de los estados más agrícolas (Don Pedro Alcántara, Pahuatlán, noviembre 2007).

En su caso, don Pedro, enganchado en la ciudad de Monterrey, se internó a Estados Unidos por los puntos fronterizos de Reynosa y Matamoros, Tamaulipas, para llegar a Brownsville, Texas. En sucesivas incursiones laborales estuvo en Texas, Arizona, Nuevo México, Michigan, Colorado y Arkansas, destinos usuales de los pahuatecos en aquellos años. Este esquema de enganche contrasta con la experiencia de braceros entrevistados en otras regiones del estado, particularmente en el centro y el sur, quienes relatan la concentración de aspirantes en la ciudad de Puebla en donde efectuaban los trámites conducentes. La singularidad de la ruta transitada por los pahuatecos para lograr la anhelada contratación en los campos agrícolas estadounidenses, se explica por los oficios de un entonces oficial del ejército mexicano, oriundo del vecino municipio de Tlacuilotepec, destacado en la zona militar de Monterrey. Relaciones de paisanaje y amistad vertebraron las redes que facilitaron el traslado, alojamiento, alimentación y contratación de los pahuatecos. A la vuelta de los años, estos hombres rememoran esta experiencia con más amargura que júbilo al percatarse que —dada su juventud, inexperiencia y deseos de ver mundo— fueron víctimas de este intermediario quien, en sociedad con un empresario de Monterrey, tenía a su cargo un comedor financiado por capital estadounidense en el que los miles de contratados recibían alimentación a la espera de ser embarcados en furgones rumbo al norte. Los pahuatecos prestaban servicios sin paga en este comedor como cocineros, meseros, mozos de limpieza, durante periodos que oscilaban entre una y dos semanas con la esperanza de ser contratados.

Enganchados en labores agrícolas en las que no estaban entrenados, el capital consumía la fuerza de trabajo de estos hombres en los mejores años de su vida productiva. Algunos todavía recuerdan con jactancia sus proezas en los campos de cultivo del sur estadounidense:

Es que yo trabajé más de lo debido por presumirles que yo era muy bueno trabajando. Aquí en el valle de Texas recién que andábamos en la limpia del algodón, mínimo veinte diarios caían de insolación y yo nunca caí y me quitaba la camisa por presumirles que yo era fuerte. Pero al correr del tiempo me enferme de los riñones y por eso jamás volví a ir. (Don Pedro Alcántara, Pahuatlán, noviembre 2007).

Puestos a hacer un balance pocos valoran positivamente esta experiencia. La mayoría sólo reporta la adquisición de ropa de moda para ellos y sus parientes o para vender en el pueblo, enseres menores, juguetes para sus hijos, velices. Sólo para don Joaquín Crespo, sastre de oficio, su trabajo en Estados Unidos se tradujo en la adquisición de un bien que potenció el negocio emprendido antes de su partida: una cabeza de una máquina de coser, que a la fecha conserva y sigue funcionando en la sastrería operada por sus hijos. Los pahuatecos que migraron durante los años del Programa Bracero no se emplearon solamente en la agricultura intensiva. Se sabe que hombres que hoy rondan los noventa años de edad, la mayoría desaparecidos, fueron contratados en los primeros años del Programa en el mantenimiento de vías férreas, especialmente en el norte de Estados Unidos. Incluso, don Ismael Sánchez se estableció en California, donde hoy reside y mantiene comunicación epistolar periódica con sus coetáneos.

Durante los 22 años de vigencia del Programa Bracero fueron contratados alrededor de 5 millones de trabajadores mexicanos (Canales 2002, 2001; Durand y Massey 2003), paralelamente a este flujo regulado, se estima que en los años 50 había un promedio de cuatro migrantes indocumentados por cada migrante contratado. La mayoría de los braceros se emplearon en campos de cultivo, pero el hecho de que haya grandes comunidades mexicanas en Los Ángeles, Chicago y ciudades de Texas indica que muchos migrantes indocumentados terminaron en las ciudades (Chant 2007). Así, don Máximo Luna, en sucesivas incursiones al otro lado, aún careciendo de contrato, se empleó en una diversidad de actividades en los campos de cultivo, restaurantes y factorías.

Con la firma del convenio entre los dos países, en esta región de la Huasteca poblana el ferrocarril facilitó la articulación de capital y trabajo en un circuito que desbordaba las fronteras nacionales. Los hombres de esta generación abandonaban temporalmente el terruño incorporándose al mercado de trabajo capitalista, conectando de esta manera dos entornos rurales distantes y asimétricos. En su Pahuatlán natal estos jóvenes no se dedicaban a labores agrícolas. En su mayoría,

habían aprendido un oficio: eran carpinteros, talabarteros, zapateros, panaderos, relojeros; sastres, choferes, otros eran empleados de las casas comerciales; todos jóvenes urgidos de recursos para iniciar proyectos en su tránsito hacia la vida adulta como padres de familia, todos ávidos por conocer el norte.

EL AUGE CAFETALERO EN LA REGIÓN: 1976-1986

A pesar de que el café llegó a América desde inicios del siglo XVIII y a México a principios del XIX, en la Huasteca el cultivo de café se inició a mediados o finales de ese siglo. La introducción del aromático en esta región, conllevó la ocupación de grandes extensiones de tierra en manos de las comunidades indígenas que, desde entonces han abastecido de mano de obra a los empresarios cafetaleros mestizos. El proceso implicó, asimismo, la pérdida de la diversidad agrícola en la región y la llegada de nuevos pobladores que vivían alrededor del cultivo y del beneficio del café (Ruvalcaba 1996).

La producción de café en esta pequeña porción serrana de la Huasteca poblana fue una de las actividades fundamentales desde las primeras décadas del siglo pasado. El beneficio y la comercialización del café hasta inicios de la década de los 70 estuvieron en manos de los grandes comerciantes asentados en la cabecera municipal. Las contingencias climáticas afectaban frecuentemente la productividad de las huertas, generando ciclos de auge y depresión claramente asociados a la movilidad laboral de los pahuatecos hacia ciudades cercanas.

[A comienzos de los años sesenta] vino una helada. Toda la sierra se llenó de nieve. Amanecimos un día con mucho frío, salimos allá, al patio, y que veo todo blanco, blanco. Todo el pueblo se llenó de nieve. Las plantaciones de café se tostaron, se quemaron, como si les hubieran echado lumbre, y entonces se acabó el café. El pueblo se estancó, ya no hubo movimiento, ya no hubo café, ya no hubo dinero, ya no hubo nada. Los agricultores nomás se dedicaban a sembrar un poquito de maíz, frijol, algo de fruta. Entonces fue cuando nos tuvimos que ir de aquí. Ya no había nada que hacer. Tuve que vender el camión y nos fuimos a Tulancingo (Don Carlos Castillo, 81 años, transportista, bracero y comerciante ya jubilado, junio de 2008).

El auge de la producción cafetalera en la región a mediados de la década de los setenta fue auspiciado, sin duda, por la intervención estatal. Tal como ha sido documentado en otras regiones cafetaleras del país, entre 1970 y 1989 el estado desarrollista mexicano, a través del Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), forjó un sistema clientelar de producción: dirigió técnica y financieramente a los llamados “productores sociales” como proveedores de materias primas, organizándolos en Unidades Económicas de Producción y Comercialización (UEPC). Además, amplió la producción de café a nuevas áreas, introdujo paquetes tecnológicos, financió la investigación y, sobre todo, “incorporó a nuevos productores en una creciente plataforma de exportación bajo dirección gubernamental” (Macy 2005). Don Pedro Alcántara, justamente por esos años devino cafeticultor, subsumido en el esquema productivo promovido por la agencia gubernamental, tal como lo ilustra el siguiente testimonio:

[Los ingenieros] eran egresados de Chapingo, nos enseñaban a seleccionar la semilla para los semilleros. Entonces de ese semillero que se hacía pasaba a plantón, que tenía el ochenta por ciento de buenos resultados, se echaba a perder el veinte por ciento. Nos financiaban la planta, pero siempre y cuando demostráramos que estábamos trabajando, si no, ese apoyo no nos lo daban. Pero antes que todo, el primer paso firme que sí tuvo éxito fue organizar a la gente en las Unidades Económicas de Producción y Comercialización (UEPC), que consistían de doce gentes para arriba. Ya una vez que estábamos organizados ese tenía derecho a participar en los apoyos que se estaban dando y el que no, no tenía.

El mismo INMECAFE, dentro de su política que trazó, puso un precio de garantía que nosotros podíamos vender a más, pero no a menos; y ese precio de garantía nos daba para mantener a la huerta y para mantenernos nosotros. Vino una época de oro, en la que, como Brasil es el país que más fuerte producción tenía, si le caía una helada se disparaba el precio del café. Esa es la época de bonanza que vivimos nosotros, nos agarró con fuerzas nuevas, porque en 1975 el ochenta por ciento de las huertas eran viejas, [pero] en 1980, al revés, el veinte por ciento de las huertas viejas y el ochenta nuevas. Entonces teníamos una fama exagerada aquí, que la Sierra Norte de Puebla era una sierra muy rica, pero fue una pasadita, porque ya nomás quedó la fama de eso (Don Pedro Alcántara, Pahuatlán, noviembre 2007).

En efecto, la promoción del cultivo del aromático por parte del INMECAFE en este rincón de la Sierra Norte de Puebla inauguró una nueva etapa de bonanza económica en el municipio de Pahuatlán. Al igual que el piloncillo en décadas precedentes, el café fue durante diez años (1975-1986) un buen negocio que retuvo a la mano de obra indígena y mestiza en las huertas cafetaleras y reposicionó económicamente a la elite local afectada por la caída del piloncillo. Algunos ampliaron su base productiva, otros abandonaron antiguos oficios para volcarse a este prometedor cultivo. Es también en esta coyuntura cuando un sector de la población empezó a amasar un capital simbólico invirtiendo en la educación media y superior de los hijos. Otros comenzaron a exportar sus capitales fuera de la región, emprendiendo negocios en Tulancingo y la capital del país.

Empecé a comprar un cachito de terreno, comencé a sembrarle café, llegué a tener diez hectáreas bien cuidaditas de café y ya de eso vivía yo. Entonces renuncié a la talabartería y me metí a la cafecultura, pero con técnica, no a lo rústico. Diez años de bonanza que nos gastábamos el dinero a lo tirado, porque año con año teníamos las bolsas llenas y no supimos aprovechar eso. Bueno no todos, porque yo si lo invertí. Fue mi inversión comprar unos terrenos y ahora que llegué a viejo, pues los estoy vendiendo, porque ya no los puedo trabajar. Una de mis hijas estudió en la Universidad Autónoma de México, la otra estudió Leyes en Tulancingo (Don Pedro Alcántara, Pahuatlán, noviembre 2007).

En Pahuatlán, como en otras regiones cafetaleras del país, en este lapso florece el minifundio, que convive con un sinnúmero de pequeñas huertas familiares; entre los pequeños y muy pequeños productores de café los indígenas son abrumadora mayoría. Tal como lo ha advertido Armando Bartra (1999), en esos años este producto se convierte en un “cultivo de refugio” para los campesinos, que se extiende sobre tierras marginales, con poca vocación para el cultivo lo que, a la larga, se traducirá en cosechas escasas y de mala calidad.

A finales de los años 80 y mediados de los noventa se observa un drástico viraje en la llamada “cafecultura social”: profunda y prolongada caída de los precios resultado de la cancelación de los acuerdos comerciales. En 1989 “[l]a organización internacional del café abandonó su sistema comercial basado en cuotas y adoptó un modelo de libre mercado [...] el gobierno federal anunció que se saldría del agronegocio del café, entregando los bienes del Instituto Na-

cional del Café a manos privadas.” (Macip 2005). Las nuevas políticas liberan el mercado y suprimen los subsidios con miras a provocar un ajuste “natural” de los precios y una “depuración” de los productores para hacerlos competitivos, proceso que afectó de manera diversa a los productores. Pero, en general, el saldo fue una mayor exclusión social, desintegración comunitaria, abandono de huertas y creciente migración tanto dentro del territorio nacional como hacia Estados Unidos. En esta coyuntura, en el municipio, al igual que en el resto de la Huasteca, entre 1985 y principios de los noventa más de la mitad de los cafetos fueron abandonados o cortados y suplantados por cultivos básicos o las parcelas dedicadas a la ganadería (Ruvalcaba 1996).

Uno de los sellos de la producción cafetalera nacional a lo largo del tiempo, ha sido su orientación al mercado nacional e internacional, rasgo que se potencia a partir del año 2000 en la región. Con el inicio del siglo XXI, en el marco general de las políticas de ajuste estructural adoptadas por el estado mexicano, entre ellas, de manera destacada, la liberalización del comercio y la privatización de las compañías estatales, se observa la reducción del papel del estado y la promoción de la inversión de capital privado y de compañías transnacionales. En ese contexto, el mermado grupo de productores de la región, sin el cobijo de la tutela estatal y mediante la intermediación de un destacado dirigente panista del estado, se vincula con la Nestlé, empresa transnacional que en la actualidad ejerce uno de los más grandes monopolios del procesamiento y comercialización de alimentos a nivel mundial.

Desde hace seis años, productores de dieciocho pueblos de los municipios de Tlacuilo, Tlaxco, Naupan y Pahuatlán, conforman una organización que, a través de convenios, abastece del aromático a la empresa. Mediante esos acuerdos los productores se comprometen a entregar a la Nestlé un mínimo de veinte toneladas, bajo un precio sometido a las fluctuaciones del mercado. A pesar del ligero repunte que la producción cafetalera ha tenido en estos últimos años, resultado de la acción de la transnacional y de otros intermediarios, esta demanda no favorece el arraigo de la población al territorio. Al respecto, don Pedro Alcántara anota:

El café ahora no es el negocio tan redituable que fue. A estas alturas de la etapa que estamos comercializando con la Nestlé, da para mantener la huerta y medio comer. Entonces no es alentador. Bueno, sí da para comer, pero no da para vestir como cualquiera de nosotros quisiera. Porque yo creo que cualquier ser humano

quiere vestir, si no bien, regular, entonces no da para esos lujos. No es alentador para que la juventud se quede (Pahuatlán, noviembre 2008).

Junto con Ruvalcaba (1996), podemos concluir este apartado señalando que desde la introducción de este cultivo en México, en pocos otros renglones de la economía campesina contemporánea, existen tantas repercusiones en las condiciones locales por decisiones que se toman a miles de kilómetros de distancia en ciudades como Londres o Nueva York.

ALLÁ EN DURHAM ES COMO SI FUERA UN PAHUATLÁN CHIQUITO. LA MIGRACIÓN TRANSNACIONAL

Desde mediados de los años ochenta, muchos jóvenes abandonan la región.

Nos fuimos con una persona de San Pablito. Éramos 32. Nos fuimos de aquí a México y de la ciudad de México tomamos un autobús para Piedras Negras, a la frontera, a cruzar la frontera. Ahí cruzamos el río en una lancha, primero cruzamos 12 y luego los demás, todos en la lancha. Cruzamos de tarde, como a las siete de la noche. Estábamos esperando que se fueran los de migración, porque se ve, está una explanada y ahí andan cuidando, yo creo que a esa hora se van a comer o a descansar, porque los gringos no trabajan más de ocho horas.

Cruzamos el río en la lancha y ahí, al otro lado, ya es tierra americana, ya es parte de Texas y ahí empezamos a caminar y ahí empezó lo bueno. Dos días y medio y dos noches, era como tipo cerro, como si anduviéramos en el monte. No todos éramos jóvenes, había un señor de edad y es triste porque no todos podían caminar. En esos tres días adelgaza uno, toma uno agua de donde haya, tomamos agua de los pozos, de los charcos. Todos íbamos para Carolina del Norte, sólo dos se quedaron ahí en Texas. Son como 36 horas de camino. Lo más peligroso era ir para allá, porque todavía ahí nos podían agarrar y, efectivamente, así pasó: agarraron a doce y los regresaron. ¡Cuántas cercas habíamos brincado, como 30 cercas! Y hay de todo, zapatos, ropa, hay de todo en el camino tirado, de tanta gente que pasa por ahí. En ese tiempo, hace once años, pagué 1200 dólares cuando empecé a trabajar. No era como irse a México ni a Tulancingo, es bien diferente (Rosa María,

30 años, retornada, casada con un emigrante establecido en Durham, madre de dos hijos nacidos en aquella ciudad, hoy comerciante, Pahuatlán, febrero 2008).

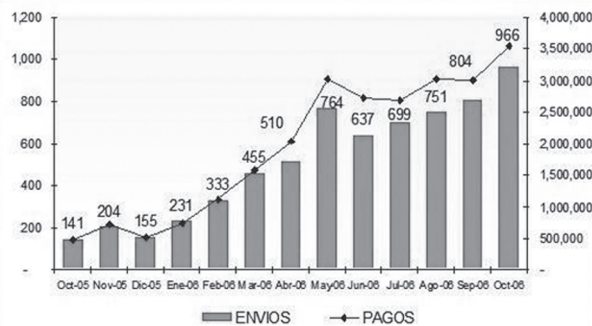
Desde entonces, cientos de hombres y mujeres jóvenes del municipio han emprendido la ruta hacia Estados Unidos. Según ha sido documentado (AMUCS 2007), en sus inicios esta emigración involucró, fundamentalmente, a tres pueblos otomíes de la región: San Pablito, San Nicolás y Xochimilco. El despunte de la migración internacional en este corredor otomí estuvo asociado a la presencia de grupos religiosos estadounidenses de denominación cristiana establecidos en la vecina localidad de San Nicolás, del municipio hidalguense de Tenango de Doria, que favorecieron los primeros desplazamientos al norte. En los años setenta, según refiere un funcionario municipal oriundo de San Pablito, jóvenes sanpableños se trasladaban hacia aquel municipio con el propósito de cursar estudios de secundaria; competencias deportivas entre pobladores de estas comunidades propiciaron vínculos con “polleros” oriundos de San Nicolás. Hacia 1978, valiéndose de estas redes, salieron los primeros sanpableños hacia los campos agrícolas y ranchos ganaderos de Texas; desplazándose después a los campos tabacaleros de Las Virginias y de la región de Raleigh en Carolina del Norte.

En sus inicios, fue un flujo rural-rural, marcado por un fuerte componente étnico, que actuó como aglutinante de la concentración de esta población en el otro lado de la frontera. Con el correr de los años, la migración se ha irradiado a la cabecera municipal y a pueblos más apartados: mestizos y nahuas se han sumado a los otomíes en sus incursiones a Carolina del Norte, concentrándose, particularmente, en la ciudad de Durham. Esta tendencia marca un nuevo sesgo en la emigración pahuateca que deviene aceleradamente una migración rural-urbana, más diversificada en términos étnicos, de género y edad, en la que el empleo agrícola ha perdido relevancia, sustituido por la inserción de hombres y mujeres en los servicios, la manufactura y, de manera destacada, la industria de la construcción.

Setenta por ciento de las remesas que llegan del vecino país del norte son enviadas desde aquel lugar. En la gráfica 1 se aprecia el aumento sostenido de estos envíos a lo largo de nueve meses, desde octubre de 2005 a junio de 2006. Según datos proporcionados por FINRURAL, microbanco establecido hace tres años en la cabecera municipal, el 65% de las remesas captadas por esta institución proceden de Carolina del Norte. De estos envíos, el 30% son de personas oriundas

de San Pablito, seguidas por las de la cabecera municipal, quienes remiten un 22%. El resto de las localidades alcanzan cifras que no superan el 5%. El predominio de San Pablito en cuanto a volumen y antigüedad del flujo migratorio a Estados Unidos es visible en el dinamismo de la construcción de viviendas en el poblado, rivalizando con la cabecera municipal, donde se siguen concentrando la mayor parte de los servicios y actividades comerciales del municipio. Según datos proporcionados por autoridades locales hoy en día radican en ese estado de la unión americana 1,600 personas oriundas de San Pablito, en tanto 4,200 residen en esta localidad.

Gráfica 1. evolución del envío de remesas en el municipio de Pahuatlán procedentes de Estados Unidos. octubre/05-octubre/06



Fuente: FINRURAL S.C. Octubre de 2006.

Además, San Pablito se distingue como único productor en el país de papel amate, producción que recae en manos de grupos familiares que hacen del oficio un modo de vida. Estos bellos productos, apreciados en zonas turísticas del país y en el extranjero, son comercializados por intermediarios locales y foráneos. En suma, mediante la circulación de papel amate y artesanías elaboradas con chaquiras, del café comercializado por la Nestlé, primer grupo agroalimentario mundial, y de mano de obra poco calificada, en los mejores años de su vida productiva, la economía de la región se integra a los circuitos de una economía globalizada.

A lo largo de más de veinte años las redes migratorias han alcanzado un grado de madurez tal que facilitan el traslado de familias y de mujeres solteras. Sin embargo, como lo han anotado otros autores (París 2007), la migración no sólo es dinamizada por tales redes. Las transformaciones transnacionales en los procesos de reproducción ampliada de capital, que han tenido lugar en las últimas décadas, conllevan la interconexión de territorios y localidades distantes, mediante flujos comerciales, financieros, migratorios y de comunicación. Compartimos con este autor que el concepto de circuito migratorio

[...] permite entender cómo se interrelacionan territorios específicos en función no sólo de las motivaciones subjetivas y de las relaciones personales de los migrantes, sino fundamentalmente de acuerdo con las necesidades del capitalismo transnacional. Las propias redes migratorias se adaptan así a las necesidades de los mercados de trabajo y a las formas de flexibilidad impuestas por el capitalismo global (París, 2007: 59).

En este horizonte de cambios, cabe preguntarse: ¿Cómo se interconectan el municipio de Pahuatlán y Carolina del Norte? Carolina del Norte es uno de los estados que a partir de 1990 ha registrado la mayor tasa de crecimiento demográfico en Estados Unidos. Este fenómeno se atribuye a una alta migración interna de personas provenientes del noroeste del país que buscan los climas más cálidos del sur para retirarse y al incremento de la demanda de mano de obra con altos niveles educativos, que nutre el nuevo desarrollo industrial acusado en esta región⁶ (Kasarda y Johnson 2006).

Aunada a esta migración interna, se ha dado otra de mano de obra no calificada, predominantemente mexicana, que se concentra en las zonas urbanas y para la cual la construcción y los servicios son fuentes importantes de empleo. Cabe destacar que en la década de 1995 a 2005, los hispanos ocuparon uno de cada tres nuevos empleos creados en el estado, particularmente en la industria de la

⁶ El auge transformador de la actividad industrial ha sido consecuencia de la reestructuración económica provocada por la globalización y el declive de las antiguas industrias textiles y de manufactura de muebles de origen chino, basado en una industria con altos componentes tecnológicos, tales como la biotecnología y los laboratorios farmacológicos y en la utilización avanzada de programas de computación para la innovación industrial (Kasarda y Johnson, 2006).

construcción (Ibid.). Además de su concentración en las zonas urbanas, un tercio de la migración de origen mexicano se encuentra en las zonas rurales trabajando en las industrias procesadoras de cerdos, pollos y pavos (Regina Cortina, comunicación personal). Los servicios y la industria maquiladora representan, además, enclaves laborales destacadamente feminizados. La estructura de este mercado laboral local está en consonancia con las tendencias de transnacionalización de los mercados de trabajo analizadas por Sassen (2007).

Dentro de las zonas urbanas la nueva migración de origen mexicano se concentra principalmente en tres condados a lo largo del corredor norte-sur de la carretera interestatal 85: en el condado de Mecklenburg se encuentra el 17% de esta población migrante, específicamente en el centro financiero de Charlotte; el condado de Wake concentra el 13% en Raleigh, capital del estado, y en el condado de Durham el 7.4%, específicamente en la ciudad de Durham (Kasarda y Johnson 2006). (Véase mapa 2).

Esta ciudad, destino privilegiado de los pahuatecos, es especialmente interesante debido a que tradicionalmente ha sido un asentamiento afro-americano, donde los costos de bienes raíces son más bajos que en los condados circundantes. Probablemente por esta razón, los mexicanos recién llegados han podido adquirir vivienda y establecer negocios que atienden las demandas de esta comunidad. Los datos del censo de 2000 señalan que 75% de la población hispano parlante de Durham nació en el extranjero y llegó recientemente; de este porcentaje el 85% lo hizo entre 1990 y 2000 (U.S. Census, Foreign Born Population).

No existe un patrón de asentamiento congregado de los pahuatecos en la ciudad de Durham, aunque, a decir de algunos *Durham es como un Pahuatlán chiquito* y los departamentos de las calles Harvey y Juniper alojan a gran número de ellos. Otomíes, mestizos y nahuas oriundos de Pahuatlán se dispersan en este conglomerado urbano, la quinta ciudad más importante del estado, que en 2004 tenía una población aproximada de 265,000 habitantes, de los cuales la mitad eran blancos, 40% afro-americanos y 11.20% latinoamericanos. Entre este último grupo se considera que el 75% es de origen mexicano. Proceden del Distrito Federal y de los estados de Guerrero, Veracruz, Hidalgo, Oaxaca, México, Puebla, Michoacán y Guanajuato (www.durhamnc.gov). Como puede advertirse, con la excepción de estas dos últimas entidades, el resto hace parte de la denominada región central de la migración mexicana a Estados Unidos (Durand y Massey 2003).

Mapa 2. Condados de mayor concentración de la población mexicana en Carolina del Norte



Fuente: Elaboración de Nereo Zamitiz, con cartografía de ESRI, 1999.

Los pahuatecos, independientemente de su origen étnico y de su estatus social como campesinos, artesanos, comerciantes y estudiantes, han devenido en su gran mayoría trabajadores de la industria de la construcción, hoy conmocionada por una severa crisis, uno de cuyos saldos es el obligado retorno de trabajadores pahuatecos a sus comunidades de origen. Insertos en cadenas de subcontratación forman parte de ese tejido social que interconecta las economías de estas distantes regiones en un mercado laboral que se caracteriza por su eventualidad, bajos salarios, desregulación y ausencia de prestaciones y organizaciones sindicales. Los pahuatecos, sumados a estas nuevas corrientes migratorias de indocumentados, satisfacen las necesidades de un mercado laboral fuertemente polarizado, al mismo tiempo son protagonistas de las transformaciones económicas, políticas y culturales de un heterogéneo campo social transnacional en el que se articulan dos regiones marcadamente asimétricas. No cabe pensar, sin embargo, que estas asimetrías existen sólo entre norte y sur, las originales asimetrías étnicas, de clase y género de esta región de estudio se reconfiguran y reproducen en el nuevo contexto de vida transnacional.

COMENTARIOS FINALES

Los años ochenta constituyen un hito en la historia contemporánea del municipio de Pahuatlán, ubicado en la Huasteca poblana. En estas páginas nos hemos propuesto mostrar las transformaciones ligadas al cambio de una economía basada en la pequeña industria rural y en la producción agrícola orientada al autoconsumo y a la satisfacción de la demanda nacional y del modo de vida asociado a esa organización de la economía, a otro modo de vida ligado a una economía globalizada, inserta en circuitos transnacionales. La emigración a Estados Unidos es una de las manifestaciones de este proceso, en el que resultan interconectados territorios de ambos países, distantes no sólo en la geografía, sino en términos económicos, sociales y culturales; en este caso Pahuatlán, un municipio serrano de añeja vocación agrícola y, en el otro polo, Carolina del Norte, un estado de la unión americana que ha destacado en los últimos años por la emergencia de una industria con altos componentes tecnológicos, un crecimiento urbano concomitante y, con ello, una potenciada demanda de vivienda.

Al emigrar, los pahuatecos se han insertado en un mercado de trabajo globalizado, caracterizado por la polarización: en el vértice aparecen sectores de profesionistas altamente calificados que cuentan con empleos estables, altos salarios y, en general, gran seguridad laboral. Este sector se distingue por un estilo de vida y consumo que demandan una incrementada gama de servicios personales. Una abultada clase de trabajadores satisface esta creciente demanda. Los inmigrantes provenientes de países periféricos integran esta clase “emergente” cuyos empleos se caracterizan por su precariedad e inestabilidad (Sassen 2002 y 2003).

El estudio de la migración de poblanos hacia Estados Unidos ha focalizado las regiones de la mixteca y los valles centrales de la entidad, mientras que la migración originada en la Sierra Norte de Puebla y en la Huasteca ha sido escasamente documentada. Este trabajo aporta al conocimiento de la dinámica del circuito migratorio Pahuatlán-Carolina del Norte, poniendo de relieve la antigüedad del flujo y las particularidades de la inserción de la región en la economía global a través de la circulación de personas, información, mercancías y objetos revestidos de valor comercial y simbólico. Contribuye también esta investigación a documentar la singularidad de Carolina del Norte como un destino más de los trabajadores emigrantes poblanos, identificados mayoritariamente en la zona triestatal conformada por los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut y en California (Smith 2003; Macías y Herrera 1997; Marroni 1994; Binford 2003; Cordero 2007; D’Aubeterre 2000; Rivermar 2005). Así, cuando se alude a la migración desde el estado de Puebla hacia Estados Unidos, se piensa automáticamente en poblanos en Nueva York o, marginalmente, en California.

Creemos que el análisis del proceso de conformación del circuito migratorio aquí presentado, desafía estrategias metodológicas convencionales adoptadas en estudios tanto de corte sociológico como antropológico que han hecho de la comunidad la unidad de análisis, estrategia en la que se traslapa la noción de comunidad con los límites territoriales político-administrativos. Aunque los estudios orientados por la perspectiva transnacional permitieron remontar esta fuerte limitación, derivada de la identificación comunidad-territorio (Pries 1999) y del privilegio del estado como “contenedor” de las relaciones sociales (Guarnizo 2004), se mantiene, en buena medida, una perspectiva de análisis todavía constreñida en términos espaciales e históricos. La inserción de la región en lo global, como hemos podido observar, no se inicia con la migración internacional reciente. Nuestra propuesta implica tomar en consideración procesos diacrónicos

y regionales, que rebasan la coyuntura actual y los confines político-administrativos de territorios municipales y estatales, para pensar en una dinámica migratoria que se desarrolla en corredores que trascienden esos límites y que aluden al protagonismo de los diversos actores –llámense agencias estatales, coyotes, figuras de la política local, grupos religiosos– en el contexto del reordenamiento económico mundial de corte neoliberal contemporáneo.

Asumimos que entre las muchas tareas pendientes de esta investigación en curso está la de avanzar en el estudio de la re-configuración del tejido de las relaciones de género, étnicas y de clase en este nuevo espacio social que involucra las regiones referidas a uno y otro lado de la frontera.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo. 1973. *Regiones de refugio: el desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo América*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- ALARCÓN, Rafael y Richard MINES. 2002. “El retorno de los ‘solos’: Migrantes mexicanos en la agricultura de los Estados Unidos”. En *Migración internacional e identidades cambiantes*. Pp. 43-69. México: El Colegio de Michoacán, El Colegio de la Frontera Norte.
- AMUCSS. 2007. “Informe de avance Remesas y Desarrollo en los Microbancos de Xuu Nuu N’Davi en Oaxaca e Ikal In to Tomin en Puebla: una experiencia de bancarización y desarrollo local en medio rural.”
- ARIAS, Patricia. 2000. “Las migrantes de ayer y de hoy”. En *Migración y relaciones de género en México*, D. Barrera Bassols y C. Oehmichen Bazán, Editoras, pp. 185- 202. México: Gimtrap, IIA/UNAM.
- BARTRA, Armando. 1999. “El aroma de la historia social del café”. *La Jornada Del Campo*, 28 de julio de 1999, versión electrónica.
- BINFORD, Leigh. 2003. “Migración acelerada entre Puebla y Estados Unidos”. En *Etnografía del estado de Puebla. Puebla Centro*, Elio Masferrer Kan et al., pp. 58-67 México: Secretaría de Cultura del Estado de Puebla.
- CANALES, Alejandro. 2002. “Migración y trabajo en la era de la globalización: el caso de la migración México-Estados Unidos en la década de 1990”. *Papeles de Población* (julio-septiembre) No. 33: 48-81.

- CANALES, Alejandro. 2001, “Determinantes sociodemográficos del retorno y asentamiento de las migración México-Estados Unidos”, *Trabajo y migración. 2do. Congreso RNIU: Investigación Urbana y Regional Balance y Perspectivas*. Pp. 139-157. México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Red de Investigación Urbana, A.C.
- COOK, Scott y Leigh BINFORD. 1995. *La necesidad obliga. La pequeña industria rural en el capitalismo mexicano*. México: CONACULTA.
- CONSEJO ESTATAL DE POBLACIÓN PUEBLA. 2004. *Temas de Población*, Segundo trimestre de 2004, año XII, No. 53. Puebla, Pue.
- CORDERO DÍAZ, Blanca Laura. 2007. *Ser trabajador transnacional: Clase, hegemonía y cultura en un circuito migratorio internacional*. México: CONACYT-BUAP-ICSyH.
- CORTES SÁNCHEZ, Sergio. 2004. “Emigración de los poblanos en el decenio de los noventa.” En *Poblanos en Nueva York. Migración rural, educación y bienestar*, R. Cortina y M. Gendrau, Coordinadores, pp. 167-186, México: Universidad Iberoamericana Puebla.
- CHANT, Silvia. 2007. “Género y migración”. En *Género en Latinoamérica*, S. Chant y N. Craske, pp. 389-428. México: CIESAS.
- D’AUBETERRE BUZNEGO, María Eugenia. 2000. *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuerxcomac, Puebla*. México: El Colegio de Michoacán-ICSyH-BUAP.
- *et al.* 2007. “Circuito Pahuatlán, Puebla-Durham-Carolina del Norte: educación, género y etnicidad.” Proyecto de investigación en curso. Ms. inédito.
- y Ma. Leticia Rivermar Pérez. 2007. “Tres circuitos migratorios Puebla-Estados Unidos: una lectura comparativa”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Número 7 - 2007, <http://nuevomundo.revues.org/document10413.html>. (En línea el 15/11/2007; referencia de 11/01/2008.
- *et al.* 2003. “La feminización de la vida rural en el contexto de la migración masculina a los Estados Unidos. Una perspectiva comparativa”, *Anales de Antropología* Vol. 37: 205-228.
- c. 1981. *Dinámica Social. Monografía de Pahuatlán*. Temas fundamentales de Puebla. Biblioteca Mínima para los poblanos. Consejo Editorial del Gobierno del Estado.

- DURAND, Jorge y Douglas MASSEY. 2003. *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa.
- FOX, Jonathan y Gaspar RIVERA-SALGADO. 2004. *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura-Universidad de California, Santa Cruz-Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa.
- GOLDRING, Ruin. 1992. "La migración México-EUA y la transnacionalización del espacio político y social: perspectivas desde el México rural". *Estudios Sociológicos* Vol. 10 (29): 315-340.
- GUARNIZO, Luis Eduardo. 2004: "Aspectos económicos del vivir transnacional". En *Migración y desarrollo*, A. Escribá y N. Ribas, Coordinadores, pp. 56-86. Córdoba: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- INEGI 2006. *Conteo General de Población 2005*. México: Instituto Nacional de Geografía y Estadística.
- INEGI 1996. *Conteo General de Población 1995*. México: Instituto Nacional de Geografía y Estadística.
- INSTITUTO NACIONAL PARA EL FEDERALISMO Y EL DESARROLLO MUNICIPAL (INAFED) 2002. *Sistema Nacional de Información Municipal*, México. México: SEGOB.
- KASARDA, John D. y James H. H. Johnson, Jr. 2006. *The Economic Impact of the Hispanic Population on the State of North Carolina*. Chapel Hill: The University of North Carolina at Chapel Hill.
- MACÍAS, Saúl I. y Fernando HERRERA. 1997. "Migración de la Mixteca Poblana a Nueva York: espacio social transnacional". En *Migración laboral internacional. Transnacionalidad del espacio social*, S. I. Macías y F. Herrera, Coordinadores, Pp. 107-163. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Facultad de Economía-Programa de Estudios de Economía Internacional-Dirección General de Fomento Editorial.
- MACIP RÍOS, Ricardo F. 2005. *Somos un país de peones: Café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz*. México: ICSI-BUAP.
- MARRONI, María da Gloria. 1994. "Changes in Rural Society and Domestic Labor in Atlixco, Puebla, 1940-1990". En *Women of the Mexican Countryside, 1850- 1990*, H.F. Salamini y M. K. Vaughan, Editoras. Tucson: The University of Arizona Press.

- MINTZ, Sydney. 1996. *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI.
- MONTOYA BRIONES, José de Jesús. 1964. *Atla: etnografía de un pueblo nahuatl*. México: INAH.
- PARÍS POMBO, María Dolores. 2007. “Redes migratorias y transnacionalización de los mercados de trabajo en la agricultura: México y California”. *Veredas* 15: 53-70.
- PRIES, Ludger. 1999. “Transnational Social Spaces: Do We Need a New Approach in Response to New Phenomena?”. Conferencia Magistral Encuentro de Investigadores sobre Migración Internacional en la Región Golfo-Centro, Universidad Iberoamericana, Puebla, 8-9 de junio. Ms.
- RIVERMAR PÉREZ, Ma. Leticia. 2005. ‘*Uno va agarrando otras culturas sin soltar la nuestra.*’ *Migración internacional e identidad étnica y cultural en una comunidad nahua del estado de Puebla.*” México: UNAM, Tesis de doctorado inédita.
- ROBERTS, Brian y Erin HAMILTON. 2005. “The New Geographics of Emigration: Emerging Zones from Attraction and Expulsion, Continuity and Change.” *Seminario Internacional: Perspectivas de México y Estados Unidos en el Estudio de la Migración Internacional*. Center for Migration and Development, Princeton University, UNAM-IIS.
- ROUSE, Roger. 1991. “Mexican Migration and the Social Space of Posmodernism”. *Diaspora* Vol. 1 (1): 8-23.
- RUVALCABA MERCADO, Jesús. 1996. “Vacas, mulas, azúcar y café. Los efectos de su introducción en la Huasteca, México”. *Revista Española de Antropología Americana* 26: 121-141.
- Sassen, Saskia. 2002. “Global Cities and Survival Circuits”. En *Global Women. Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, B. Ehrenreich y A. Russell Hochschild, Editores, pp. 254-274. New York: A Metropolitan/Owl Book.
- SASSEN, Saskia. 2003. “Strategic Instantiations of Gendering in the Global Economy”. En *Gender and Use Immigration. Contemporary Trends*, P. Hondagneu-Sotelo Editora, pp. 43-60. Los Angeles: University of California Press.
- 2007. *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz Editores.

- SMITH, Robert. 2003. "Imaginando los futuros educativos de los mexicanos en Nueva York". En *Poblanos en Nueva York. Migración rural, educación y bienestar*, R. Cortina y M. Gendreau, Coordinadores, pp. 87-112. México: Universidad Iberoamericana Puebla.
- STEPHEN, Lynn. 2002. "Globalización, el Estado y la creación de trabajadores indígenas 'flexibles': trabajadores agrícolas mixtecos en Oregon." *Relaciones* Vol 23 (90): 87-114.
- WOO, Ofelia. 2002. "Mujeres y familias migrantes mexicanas en Estados Unidos". En *Migración internacional e identidades cambiantes*, M. E. Anguiano Téllez y M. J. Hernández Madrid, Editores, pp. 251-268. México: El Colegio de Michoacán.

